



Grupo Temático N° 7: Juventud y Trabajo

Coordinadores: Claudia Jacinto, Ada Freytes Frey y María Eugenia Martín

Controversias juveniles: la paradoja de la desinstitucionalización en el análisis de las trayectorias de jóvenes pobres¹

Autor/es: Eugenia Roberti

E-mail: eugenia.roberti@hotmail.com

Pertenencia Institucional: (CIS-CONICET/IDES-PREJET)

Resumen

La presente ponencia se inscribe en el debate que se ha suscitado en torno al problema de la inclusión social y laboral de los jóvenes en la sociedad contemporánea. En efecto, las nuevas generaciones experimentan la crisis de las instituciones de la modernidad y, en consecuencia, de aquellas pautas de integración consideradas hegemónicas para un momento histórico-social determinado. En un contexto de profundas transformaciones en la condición juvenil, la investigación analiza el resquebrajamiento del modelo lineal de transición a la vida adulta; al mismo tiempo, plantea el carácter paradójico del proceso de desinstitucionalización del curso de vida.

Introducción

La ponencia busca contribuir al debate actual que se ha suscitado en torno al problema de la integración social y laboral de los jóvenes en la sociedad contemporánea. En un contexto de desestructuración, persisten viejos y nuevos problemas en la población juvenil, que se presenta como uno de los grupos más vulnerables. En efecto, en las sociedades actuales se produce la crisis de las instituciones modernas, que garantizaron en otra época la incorporación de las nuevas generaciones, instituyendo un estadio propio para la juventud. En un escenario de fragmentación de los mecanismos tradicionales de socialización e integración social, surge el interés en la presente investigación por analizar el resquebrajamiento del modelo lineal de transición a la vida adulta, que vislumbra una de sus manifestaciones más emblemáticas en las trayectorias que delinear los jóvenes.

¹Esta ponencia forma parte de mi Tesis de Maestría en Ciencias Sociales. Disponible en: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/45820>

Siguiendo estas preocupaciones, el estudio busca indagar: ¿Cuáles son las características que asume la *nueva condición juvenil*? ¿Es posible identificar un resquebrajamiento del modelo lineal de transición a la vida adulta? ¿Cómo se introduce el proceso de desinstitucionalización en el análisis de las trayectorias de los jóvenes? ¿Qué papel presenta el espacio barrial en el marco de la crisis de las instituciones modernas? Estos interrogantes son abordados en función de la reconstrucción de las trayectorias de jóvenes varones de un barrio de la periferia nordeste de la provincia de Buenos Aires.²

Entendemos que la juventud -como categoría analítica- cobra sentidos específicos al ser analizada en un contexto socio-cultural particular; por esta razón, buscamos vislumbrar la condición juvenil en un espacio y un tiempo determinado. En nuestro país, pocos estudios han abordado, desde una *mirada integral*, las implicancias del resquebrajamiento de las instituciones modernas en los procesos de inclusión socio-laboral de los jóvenes. Inserto en este vacío teórico, el presente estudio busca realizar aportes para comprender la manera en que las nuevas generaciones configuran sus subjetividades y delinear sus recorridos; con la finalidad de generar una reflexión profunda sobre la nueva condición juvenil en las sociedades contemporáneas.

El escrito se organiza en tres grandes apartados. La primera parte, reflexiona sobre los desafíos que implica ser joven en el mundo actual, en el marco de la crisis de los mecanismos tradicionales de integración. En este sentido, se traza un recorrido por distintas aproximaciones teóricas que analizan los efectos del proceso de individuación que se desarrolla en las sociedades contemporáneas. Un segundo apartado, reconstruye las trayectorias de jóvenes de un barrio periférico, analizando las prácticas y las valoraciones subjetivas en torno al trabajo, la escuela y la familia. En esta línea, por un lado, se adopta una posición controversial con el modelo lineal de transición a la vida adulta, a partir de comprender los nuevos itinerarios que emergen ante la crisis de las instituciones tradicionales; por otro lado, en un tercer apartado se establece una distinción frente a esas institucionalidades clásicas, al delinear la relevancia que adquieren nuevos soportes relacionales en la configuración de las trayectorias juveniles. Para finalizar, en las conclusiones intentamos recapitular los aportes y el conjunto de interrogantes formulados desde una mirada integral.

²Desde una perspectiva cualitativa, realizamos entrevistas en profundidad, observaciones participantes y análisis documental buscando aprehender la constelación de sentidos, prácticas e imaginarios juveniles.



I. La nueva condición juvenil: el declive de los soportes institucionales tradicionales en la integración social de los jóvenes

La sociedad capitalista occidental está organizada, entre otras clasificaciones y distinciones, por estructuras etarias. Las edades son estadios biográficos culturalmente construidos, que presuponen fronteras más o menos laxas y formas más o menos institucionalizadas de paso entre los diversos grados de edad (Feixa, 2003). Las etapas del ciclo vital no pueden ser asumidas como universales o constantes, sino que ellas mismas están definidas socialmente y sujetas a variaciones a lo largo de la historia.

Cada cultura tiene sus propios modos de organizar la temporalidad y de producir sus edades. En el caso de las culturas occidentales modernas estos esquemas han sido la *institucionalización* y *cronologización del ciclo vital*. Como señala Chaves: “la ‘modernización’, mirada desde las edades, ha consistido en segmentar, especializar e institucionalizar el ciclo de vida, legitimando la primacía de una *clase, grado o grupo* sobre otro, universalizando ‘el modo occidental’ y finalmente naturalizando la estamentalización producida” (2010: 25). Estas sociedades delimitan las etapas de integración de las nuevas generaciones por medio de instituciones que marcan “ritos de pasaje modernos” e instituyen un estadio propio a la juventud.

Iniciada en el siglo XIX, la concepción de la vida por etapas fue acompañada por la intervención de un conjunto de instituciones. En este sentido, es importante destacar la centralidad de la esfera educativa en el proceso de conformación de una subjetividad juvenil (TentiFanfani, 2009), más aún con la masificación de la educación media. Precisamente, la escuela se convierte en la gran invención moderna al ser una institución asociada al sistema de edad, un marcador temporal fundamental del ciclo vital. También, el trabajo -en términos de empleo asalariado- ocupó un lugar fundamental en la definición cronológica del ciclo vital occidental y moderno. A partir de mediados del siglo XX, se define a la edad adulta como una etapa de plena actividad laboral y de reproducción social. En base a esta definición de adultez se estructuró un modelo tri-etápico como forma hegemónica de regulación del tiempo vital (Miranda, 2006).

En el modelo de la era industrial, se concibió a la juventud como un período *transitorio* de formación para la asunción de roles adultos. De este modo, en las Ciencias Sociales hasta la década del ‘80, la juventud fue conceptualizada como una *moratoria* que sigue a la infancia y sirve como preparación a la edad adulta. El modelo tri-etápico estructuró el ciclo de vida en tres momentos temporales sucesivos, cuyas funciones se encontraron claramente diferenciadas: la primera etapa estaba asociada a la preparación para la vida activa (niñez-juventud), la segunda a la vida activa con



empleo (adulthood) and a third of retirement from productive activity (old age). From then on, age was imposed as a chronological marker of the irreversible course of life, designating a uniform rhythm to the stable stages of biographies and delimiting the passage between well-defined statuses (Oddone, 2006).

Since the 1990s, a set of investigations has argued critically about the notion of *moratoria social*, as a distinctive characteristic of the juvenile period (Margulis, 2008; Krauskopf, 2004; Miranda, 2006, 2010). The questioning of that notion, which represented a central concept in the sociology of youth in the mid-20th century, must be interpreted in the light of the emergence of new social conditions that produced unprecedented life patterns. Life itineraries leave behind traditional sequences of the tripartite organization of the life cycle; a rupture is observed at the beginning of transitions clearly demarcated around different ages, whose thresholds instituted the passage between stages of life that occurred in a linear, ordered and predictable manner.

The current era transmits the disintegration of the linear model of integration of young generations. In this direction, traditional thresholds of transition to adult life - abandonment of the family of origin, marital union, obtaining of a job - manifest a multiplicity of intermediate and reversible, more or less transitory and precarious. At the same time, the own sequences of these thresholds of passage are not linear or uniform; on the contrary, they are heterogeneous, discontinuous and with appreciable ruptures, giving way to new forms and temporal sequences.

As a result of these changes, studies on youth have demonstrated that transitions from young people to adult life have become much more prolonged, complex and destandardized (Bendit and others, 2008; Pérez Islas, 2008; Miranda, 2010). It is highlighted that the extension of the juvenile period to advanced ages, the emergence of more heterogeneous trajectories and the observation of a desynchronization of biographical calendars that complicate the sense of coherence between spheres of life fragmented and vital stages with blurred limits. The diversity of the paths that currently delineate young people between the completion of studies, the obtaining of a job and the patterns of family formation, reveal the multiple ways of living youth.

In the face of cultural and socio-economic changes produced at the end of the 20th century, recent investigations have generated interest in analyzing the new social scenario in which contemporary youth develop. In this context, a set of studies has highlighted the emergence of a *new juvenile condition* (García Canclini and others, 2005; Miranda, 2006; Dávila



León y otros, 2008). De acuerdo a estos análisis, se propone considerar a la juventud como un período vital con características propias: no sólo representa un estadio de tránsito o moratoria en la vida de los sujetos, sino que es una etapa de gran importancia para el desarrollo biográfico posterior. Según esta perspectiva, la pregunta por las nuevas formas que adquiere la condición juvenil requiere observar las transformaciones que se están produciendo en las sociedades actuales, ligadas con la profundización de la individualización y la crisis de las instituciones de la modernidad.

Numerosas perspectivas han surgido acerca de la sociedad contemporánea, que focalizaron sobre distintas dimensiones a la hora de estudiarla. Investigaciones internacionales han caracterizado de diverso modo a la época actual. Se habla de una sociedad del “riesgo” (Beck, 2006), de la “incertidumbre” (Castel, 2010), “informacional” (Castells, 1997), “líquida” (Bauman, 2002). Estas diversas aproximaciones arriban a un mismo punto de coincidencia, que enfatiza la autonomía del individuo y el repliegue sobre sí mismo como aspecto clave de la modernidad. Vivimos en una *sociedad de individuos* (Elias, 1900), en la cual “la capacidad de conducirse como un actor social responsable es cada vez más requerida y cada vez más valorizada” (Castel, 2010: 27).

La desestructuración de las referencias colectivas desde el último cuarto del siglo XX, ha implicado transformaciones en el seno de las instituciones modernas destinadas a la integración social y constituidas como soportes privilegiados de socialización. Desde este lugar, ciertas aproximaciones definen a la época actual como una etapa de *desinstitucionalización del curso de vida*; dada la creciente des-regulación y la menor normalización en la secuenciación del calendario vital (Kohli, 2005). Frente al debilitamiento de los patrones biográficos tradicionales, “todo el conjunto de la vida social es atravesado por una especie de *desinstitucionalización* entendida como una desvinculación respecto de los marcos objetivos que estructuran la existencia de los sujetos” (Castel, 1995: 472-473). Desde esta perspectiva, se hace referencia a un individualismo predominante en la sociedad que toma como rasgo fundamental “la falta de marcos”, y no el exceso de intereses subjetivos.

La individuación institucionalizada supone un nuevo factor de riesgo y vulnerabilidad en el proceso de construcción biográfica. Por esta razón, Beck (2006) designa como “sociedad del riesgo” a la sociedad moderna. Estas sociedades están constituidas sobre el terreno fértil de la inseguridad porque los individuos no encuentran, ni en ellos mismos ni en su medio inmediato, la capacidad de asegurar su protección, al estar ausente todo tipo de regulación colectiva. Sobre este estado de vulnerabilidad, se despliegan los llamados cada vez más exigentes al dinamismo personal. Así, “el modo en el que uno vive se vuelve una *solución biográfica a contradicciones sistémicas*” (Beck, 2006: 137). Los riesgos y las contradicciones siguen siendo producidos socialmente, sólo se está cargando al

individuo con la responsabilidad y la necesidad de enfrentarlos (Bauman, 2002). En este marco, se señala la *ambigüedad* del individualismo moderno: al mismo tiempo que valoriza al individuo, promueve su desafiliación (Castel, 2010).

Es a la vez un vector de emancipación de los individuos, que incrementa su autonomía y hace de ellos sujetos portadores de derechos, y un factor de inseguridad, que hace a cada uno más responsable de su porvenir y lo obliga a dar a su vida un sentido que ya no organiza nada exterior a sí mismo (Fitoussi y Rosanvallon, 1997: 36-37).

Como consecuencia del deterioro de las instituciones que organizaban y canalizaban las conductas sociales, corresponde al individuo una mayor responsabilidad en la construcción -y no ya adscripción- del sentido de su trayectoria. El derrumbe de los sistemas de regulación colectiva produce así un aumento de la inseguridad social y una creciente fragmentación de las experiencias biográficas. La estabilidad familiar, una carrera laboral a largo plazo, la seguridad social, por sólo citar algunos ejemplos, se ven debilitados como supuestos y pilares sobre los cuales se podía construir la propia biografía (Saraví, 2006).

Expulsados de las antiguas estructuras (normativas y sociales) que definían la orientación de sus conductas y los dotaban de certezas, los sujetos se ven obligados a producir su acción en un contexto donde los márgenes de imprevisibilidad, contingencia e incertidumbre se amplían considerablemente (Svampa, 2000:10).

La *generación joven* -en tanto categoría nominal- comparte las características centrales de las transformaciones en curso, relacionadas con la individualización y la desinstitucionalización de la vida social, que afecta de modo particular a este grupo de edad (Bendit y otros, 2008). En tiempos de desestructuración, se traspa al sujeto joven la responsabilidad de construir su biografía, sin poder apoyarse en contextos estables. Por esta razón, el marco para aprehender la condición juvenil que proponemos incluye el análisis del proceso de desinstitucionalización, la des-sincronización de las esferas de la vida y el desdibujamiento de los esquemas lineales de integración. Sin embargo, frente al postulado de investigaciones que afirman la crisis de las instituciones modernas, en esta ponencia abrimos dicho supuesto como interrogante, al preguntarnos sobre las formas que adopta la nueva condición juvenil a partir de la reconstrucción de trayectorias que se configuran en el marco de un conjunto de instituciones sociales y dimensiones de la vida cotidiana significativas para jóvenes de un contexto socio-cultural determinado.



II. La crisis del *doble pasaje* a la vida adulta: un análisis de las trayectorias juveniles en relación a las esferas vitales más significativas

Desde una posición crítica a la perspectiva de la transición a la vida adulta, la idea central que está detrás del presente apartado sostiene que la nueva condición juvenil se inscribe en la crisis de un *doble pasaje* que comprendía una transición lineal de la escuela al trabajo y de la familia de origen a la de procreación. El enfoque del Curso de Vida argumenta que los roles adecuados a cada edad se establecen como normas sociales, que regulan la secuencia y el momento de ocurrencia de los eventos vitales a través de una serie de instituciones sociales: la escuela, la familia y el mercado de trabajo (Mora Salas y de Oliveira, 2009). Sin embargo, ese “modelo normativo” que incluía el pasaje de la juventud a la vida adulta ya no puede consumarse en su formas “típicas”, dadas las transformaciones suscitadas desde finales del siglo XX.³

En el marco de estos cambios experimentados en los modelos y procesos de entrada a la adultez, buscamos develar en primer lugar el modo en el que se configuran las trayectorias laborales juveniles; luego, indagamos en el itinerario escolar delineado y el vínculo que establecen los jóvenes con la educación; finalmente, analizamos las relaciones familiares e intergeneracionales. Tomando como marco de referencia el *modelo normativo* del curso de vida, nos preguntamos si la época actual presenta rasgos de desinstitucionalización e individualización en los patrones biográficos. Para abordar el modo en que se constituyen las trayectorias de este grupo de jóvenes, se delimitan *tres momentos* en función de las distintas transiciones que atraviesan a la esfera laboral, educativa y familiar.

***Primer momento.* En el umbral del trabajo: trayectorias laborales en tiempos de fragmentación social**

Un punto de partida significativo para comprender el modo en que se construyen las trayectorias laborales de los jóvenes entrevistados reside en analizar las condiciones de inserción al mercado de trabajo y las posiciones alcanzadas dentro del campo laboral. En este marco, el interés

³En esta ponencia empleamos el modelo normativo del curso de vida en términos de un parámetro analítico a partir del cual analizar las variaciones que, en materia de secuencias y trayectorias, pueden vislumbrarse en el grupo juvenil objeto de estudio. El patrón tradicional de transición a la adultez ha sido caracterizado por una secuencia ordenada de eventos; un conjunto de pautas de conducta que servían de modelo, de concepción y organización social de las diferentes edades de la vida. Como explica Gil Calvo: “las transiciones juveniles componían una secuencia de etapas cuyo itinerario había de recorrerse en sentido ascendente sin posible marcha atrás: primero la formación académica (enseñanza y elección de carrera), después el empleo (inicio de la carrera profesional), luego el emparejamiento (noviazgo y matrimonio) y por fin la formación de familia (hogar y progeneritura). Pero ahora esa secuencia temporal se ha roto y sus piezas pueden barajarse e intercambiarse casi de cualquier modo” (2009: 9-10).



radica en averiguar las formas de ingreso a una ocupación, la edad establecida en el momento de iniciación, las motivaciones planteadas y las actividades desarrolladas.

Una primera aproximación a los relatos da cuenta que la incorporación en una ocupación se desarrolla a una edad temprana. El ingreso prematuro a la vida laboral se comprende a partir de situaciones de privación que derivaron en una búsqueda de autonomía -“*me quería comprar mis cosas*”- o en la necesidad de colaborar con la economía familiar -“*mi viejo me llevaba a trabajar*”-. Más allá de estas circunstancias familiares y/o personales, la incorporación al mercado del trabajo se concibe como un medio para la obtención de ingresos. La edad promedio es de 13 años, cifra que se encuentra por debajo de la normativa que regula la edad mínima de acceso a un empleo.⁴ Sin embargo, se registran casos donde la primera ocupación se desarrolla de manera aún más anticipada. Esta situación se presenta en aquellos jóvenes que se desempeñan como trabajadores familiares, sin percibir una remuneración. Como hace alusión Fermín, un joven de 19 años que advierte: “*a los 6 años yo trabajaba en el carro con mi viejo*”. Incluso, se presentan situaciones donde se insinúa trabajar “desde siempre”:

- ¿Anteriormente en Paraguay habías trabajado?
- Y allá, en el campo... así carpiendo, sembrando*
- ¿Ayudabas a tus papás?
- Sí
- ¿Desde qué edad los ayudás?
- Desde que yo recuerde* (Elio, 18 años).

Si bien muchos jóvenes se inician en el mercado laboral desarrollando tareas como trabajadores familiares: “*fui a trabajar con mi tío y con mi papá*” (Gastón, 18 años); también, se encuentran aquellos entrevistados que incursionan en el mercado ocupacional de manera “autónoma” (en un vínculo no mediatizado por el parentesco), realizando actividades por cuenta propia o en relación de dependencia. Para este último caso, el ingreso al trabajo se produce por intermedio de algún conocido o familiar que los contacta con el empleador; situación que perdura con posterioridad como forma predilecta de búsqueda y acceso a las distintas ocupaciones: “*por todos temas de conocidos*”; “*me conocían, preguntaba*”; “*por un familiar*”.

⁴La República Argentina establece en el año 2008 una nueva Ley sobre Prohibición del Trabajo Infantil y Protección del Trabajo Adolescente (N° 26.390/08) que eleva la edad mínima de admisión al empleo a 16 años (MTEySS, 2009).

Como observa un estudio reciente, en las inserciones laborales de jóvenes de bajos recursos juegan un rol clave las redes personales. Las familias y el círculo cercano proporcionan los primeros contactos con el mundo laboral en tanto ponen a disposición de los jóvenes una red de relaciones que facilita su acceso al mercado de trabajo, aunque el mismo suele ser precario y cercano a su lugar de residencia (Deleo y Pérez, 2013). En términos generales, la entrada a una ocupación se realiza en el sector informal de la economía desempeñándose en la rama de la construcción o mediante el ofrecimiento de distintos servicios a familiares y vecinos (principalmente de jardinería).

Ahora bien, la relevancia de la perspectiva de las trayectorias radica en el carácter longitudinal que implementa para comprender las nuevas condiciones que subyacen a la relación de los jóvenes con el trabajo; en contraposición a las investigaciones clásicas que analizan estos vínculos desde un punto determinado en el tiempo. La introducción de miradas diacrónicas se vincula a la concepción de la inserción como un proceso complejo que no culmina necesariamente con la integración laboral. Si bien, a la hora de reconstruir el proceso de inserción laboral es importante describir la actividad desarrollada y el segmento de la economía, es necesario también considerar nuevas características que atiendan la manera peculiar en que los jóvenes ingresan al mundo del trabajo. Así, es fundamental analizar las prácticas laborales en relación a las entradas y salidas del mercado de trabajo, los cambios sectoriales u ocupacionales, el tiempo de duración y la calificación de las actividades desarrolladas.

Las trayectorias laborales de los jóvenes entrevistados se distancian de la imagen clásica del empleo asalariado, identificado con un contrato de duración indeterminada, beneficios sociales cubiertos, posibilidades de promoción y de proyección a largo plazo. Por el contrario, sus itinerarios están conformados por continuos “rebusques” de escasa calificación, que carecen de una relación jurídica con el empleador o se ubican en el autoempleo. Insertos en condiciones laborales desprotegidas, se caracterizan por la ausencia de seguridad social “*es todo en negro, viene todo de palabra*” (Darío, 26 años) y la falta de estabilidad “*changuitas... iba un sábado, un domingo, un lunes, cuando te precisaban [...] te iban a buscar a la esquina*” (Jeremías, 20 años).

Una vez incorporados al mercado de trabajo, los jóvenes alternan por diversas ocupaciones de corta duración. Como traslucen los distintos relatos, la secuencia laboral se configura a través de “*changas*”, donde la opción de trabajar se caracteriza por su condición puntual, irregular e indeterminada (“*un tiempito*”, “*en el día*”, “*un par de veces*”). La ocupación es descripta así por su carácter contingente e inconstante, a la vez que es acotada temporalmente, en el marco de un horizonte de inestabilidad duradera. A través de estas trayectorias intermitentes los jóvenes desarrollan una multiplicidad de actividades que guardan poca vinculación entre sí: “*trabajé en una*

banda de cosas"; *"hice todos laburos diversos"*; *"laburé de tantas cosas"*. Estos fragmentos evidencian el quiebre de aquellas pautas de integración hegemónicas para otro momento histórico donde las carreras ocupacionales eran consideradas para toda la vida; por el contrario, los recorridos ilustran una dispersión de estrategias de rebusques, que implican un saber "arreglárselas" y una convivencia constante con lo aleatorio (Otero, 2009); lo cual se manifiesta en aquellos entrevistados que expresan trabajar *"de cualquier cosa, lo que venga"* (Marcelo, 17 años).

Las entradas circunstanciales en el mercado de trabajo secundario, la rotación laboral y la alta movilidad entre condiciones de actividad provocan que las trayectorias de estos jóvenes posean un horizonte muy limitado en cuanto a la formación, que se orienta básicamente hacia el trabajo manual y poco cualificado. En efecto, estas trayectorias desestructuradas no se desarrollan siguiendo un patrón de acumulación que habilite la constitución de una identidad laboral o la conformación de un oficio. Retomando la distinción que realiza Guerra Ramírez (2008), mientras el *oficio* -y es el caso también para las profesiones-, designa una cualificación o la posesión de una competencia técnica, que remite al mismo tiempo a una identidad propia (se "es" albañil); el *puesto* de trabajo describe una situación en la que no se posee ningún capital formativo y la identidad laboral permanece en la indefinición.

Si bien en pocos casos los jóvenes han conformado un oficio, esto no significa que consigan superar las condiciones de informalidad e inestabilidad laboral. Precisamente, las características que adopta la inserción laboral juvenil de sectores bajos es producto de la persistencia de rasgos estructurales en el mercado de trabajo, que continúa funcionando de manera dual y segmentada. Este funcionamiento encuentra su correlato en el sistema de formación, donde los jóvenes logran desarrollar competencias que no están certificadas, como enuncia uno de los entrevistados: *"cosas que te llevan a aprender por necesidad de dinero, que vas mirando y lo vas aprendiendo"* (Marcos, 23 años). En estas circunstancias, no es ilógico que los jóvenes elijan otros rumbos laborales posibles por sobre el camino del oficio.

-Empecé a hacer changuitas de electricidad en el barrio, me fue muy bien. Por el oficio que aprendí, hoy en día soy un electricista. Bueno, me llevó a estar bien y mal porque no tenía trabajo estable, o sea, vivía de changuitas yo. Hasta que después pegué la cooperativa(Marcos, 23 años).

Una mención especial merece el trabajo en las cooperativas que realizan los jóvenes, en el marco de políticas de empleo activas desarrolladas a partir del período de posconvertibilidad.⁵ Es interesante observar el carácter *paradójico* de las cooperativas en tanto representan una ocupación temporal, que procura cierta estabilidad en relación a trabajos anteriores. Identificadas como un “*paliativo*”, aseguran cierta continuidad en el trabajo, aunque no garantizan un proyecto futuro asociado al mismo: “*tampoco de una cooperativa voy a vivir*” (Paco, 19 años); “*si esto no te va a durar toda la vida*” (Juan, 19 años). A su vez, es importante señalar el carácter complementario que asume esta actividad en los jóvenes, al ser desarrollada junto a una variedad de changas ocasionales.

Desde una mirada que complejiza los postulados acerca de la imprevisibilidad de las trayectorias juveniles contemporáneas (Pais, 2007; Gil Calvo, 2009); un dato interesante que emergió del trabajo de campo refiere a la *previsibilidad* de secuencias ocupacionales contingentes, en razón de la intermitencia e inestabilidad laboral que experimentan los jóvenes en su vida cotidiana. La inseguridad ocupacional se naturaliza a medida que el trabajo estable se desdibuja de la experiencia transmitida por las viejas generaciones. Las biografías laborales ya no pueden captarse a través de un esquema lineal unidireccional, imagen de una progresión hacia la estabilidad. En estos contextos, el trabajo precario e informal deja de ser una opción temporal o transitoria para convertirse en el único camino que prevalece a lo largo del itinerario laboral. Siguiendo a Castel, estamos asistiendo a “la instalación en una precariedad que podría constituir un registro permanente de las relaciones del trabajo” (2010: 46). Fenómeno que se manifiesta a través del relato de ciertos jóvenes que arguyen no haber vivido períodos de desempleo:

-¿Estuviste mucho tiempo desocupado?

-No, **nunca estuve desocupado** porque terminaba eso y agarraba el carro ahí. Siempre mal o bien el carro te va a ayudar. **Tenía algo seguro** (Fermín, 19 años).

-¿Tuviste un tiempo que buscabas y no encontrabas trabajo?

-No, **así nunca estuve**. Si salía algo que me convenía me iba

-Y en la época de gasista, que salían trabajos cada tanto ¿cómo te las arreglabas?

-**Ahí cuando ya no tenía laburo. Te las arreglabas**, [hacía] *changuitas* y si no encontrás nada, *cirujeas*. Es corta o salís a meter fierro [robar], pero yo elegía lo otro, salía a *cirujear* (Ramiro, 29 años).

⁵ Se trata de la línea “Ingreso Social con Trabajo” del Programa “Argentina Trabaja”, liderado por el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación. El programa fue impulsado a mediados de 2009 y consiste en la organización cooperativa de trabajadores para la ejecución de pequeñas y medianas obras públicas comunitarias. Hacia junio de 2010, el programa contaba con 150.000 beneficiarios y, en la distribución por edades, los jóvenes de 18 a 24 años representaban el 34,1% (OIT, 2011), aproximadamente un tercio.

En consecuencia, la continuidad laboral se presenta como la principal problemática a la hora de reconstruir las trayectorias laborales de los jóvenes: *“pero no trabajé un año, trabajé cosas... changuitas que hice”* (Jeremías, 20 años). La inestabilidad de sus inserciones laborales hace que establezcan una distinción respecto a aquellas experiencias laborales a las que aspiran alcanzar asociadas con la estabilidad y la regulación del tiempo social que el empleo otorga: *“un trabajo fijo que vos sabes que laburas todos los días”* (Sebastián, 27 años).

Si en un primer momento el vínculo que establecen los jóvenes con el trabajo pareciera reducirse a la privación o la supervivencia; al ahondar en sus sentidos ideales hallamos la vigencia del modelo tradicional de sociedad salarial. Identificado para otro período histórico, la situación de registro en el empleo fue una garantía de integración social, con el reconocimiento de los derechos laborales ligados a la condición asalariada. En el universo simbólico de los entrevistados es posible identificar la persistencia de este imaginario social. Precisamente, frente a rumbos laborales signados por experiencias esporádicas, desprotegidas y de tiempo parcial, los jóvenes anhelan un trabajo estable que irrumpa con la intermitencia ocupacional y les garantice una protección social: *“que estés en blanco, que te paguen seguro, aportes jubilatorio, todo. El día de mañana te vas a jubilar”* (Fermín, 19 años).

En efecto, las nuevas generaciones perciben como atributo prioritario el hecho de *“estar en blanco”*, porque casi ninguno de estos jóvenes accedió alguna vez a una ocupación de estas características. Ahora bien, siguiendo a Busso (2013), que los jóvenes anhelan un trabajo de estas características no implica que lo reconozcan como probable en sus propias trayectorias. Por consiguiente, en los recorridos juveniles se observa que lo que está en disputa no es el significado del trabajo, asimilado aún con el empleo asalariado, sino más bien sus modos de actuar (*changas*), frente a un mercado laboral que no les deja mucho margen para su inserción.

Los relatos de los jóvenes revelan que si bien el universo de lo deseable se representa de una manera nítida y definida en lo que respecta a las condiciones laborales (importancia de un trabajo *“fijo”*, *“cómodo”*, *“en blanco”*); en el universo de lo posible se efectúa un ajuste de las expectativas a las oportunidades que ofrece el medio, donde las ocupaciones precarias e informales son percibidas como aquellas salidas laborales que están al alcance. La mirada instrumental hacia el trabajo, la ausencia de proyectos laborales a largo plazo y la idea de trabajar de *“lo que venga”* caracteriza al vínculo que establecen los jóvenes con una ocupación. Como explican Míguez y Semán, *“cuando no puede estructurarse con alguna certidumbre un proyecto biográfico de largo alcance, cobra sentido una lógica de la satisfacción inmediata”* (2006: 31).

Segundo momento. La difícil transición de la escuela al trabajo

La descripción del itinerario educativo que delinean los jóvenes entrevistados asume una orientación especial a la luz de los supuestos que proclama la perspectiva de la transición a la vida adulta. En contraposición a esas presunciones, las trayectorias de formación escolar de los jóvenes adquieren un carácter *errático*; la etapa de instrucción suele ser breve y está signada por ciclos discontinuos que trazan un camino marcado por el abandono escolar y la alternancia institucional. Estos itinerarios escolares fragmentados se desarrollan, en algunos casos, desde edades muy tempranas.

-¿El tema de los estudios cómo fue?

-*Vagancia. Fue catastrófico directamente, empecé primero, segundo y ya tercero repetí [3er grado]. Bah me hizo repetir Veá [su madre], porque se operó de apéndice y no tenía quién me lleve. Arranqué de vuelta, y ya arranqué con pocas ganas. Las maestras me hacían pasar [...]. Después no quise estudiar más. Iba a repetir 8vo año y me fui a la mierda. Le dije a mi vieja que no iba a estudiar más y me puse a laburar con mi primo (Ramiro, 29 años).*

En términos generales, los jóvenes realizan una valoración positiva de la institución escolar, como un espacio de aprendizaje y crecimiento personal: “*sirve un montón porque enseña mucho, te hace crecer*” (Darío, 26 años). No obstante se observa, como plantea Jacinto (2006), una dificultad para nombrar entre los aprendizajes algún contenido por fuera de las competencias lingüísticas, orales y escritas: “*yo no quiero saber nada, si yo ya sé leer y escribir*” (Lautaro, 18 años). Desde esta mirada, la decisión de retomar o continuar el colegio se relaciona con la certificación que brinda esta institución, donde no son valorados los conocimientos instruidos sino “*el papel*” (título secundario) que habilitaría el acceso a un trabajo de calidad: “*me anoté para ver si puedo cambiar de trabajo; terminar y con el secundario buscar otra cosa...*” (Sebastián, 27 años). Como sintetiza el relato de Mauricio, un joven que concluye el secundario básico en la Escuela de Adultos del barrio luego de sobrellevar algunas repitencias y haber sido expulsado del colegio:

-*La escuela, te ayuda a crecer como persona [...]. Vendría a ser como el eje de tu vida, porque si nunca estudiaste, nunca hiciste nada, no vas a tener un laburo, porque si no sabés ni leer, ni escribir, es difícil conseguir laburo (Mauricio, 24 años).*

Paradójicamente, a partir de la década del ‘90 se pone de manifiesto que la credencial educativa como garantía de la inserción laboral resulta *cada vez más necesaria, cada vez más*



insuficiente, parafraseando el libro de Filmus y otros (2001). En este sentido, la valorización de la institución escolar que realizan los jóvenes, en tanto condición para lograr una movilidad social ascendente, debe comprenderse en el marco del proceso de devaluación de las titulaciones académicas; en el que más años de estudio pierden valor relativo en el mercado de trabajo, al mismo tiempo que no garantizan de por sí el acceso a un empleo de calidad, ni el tan anhelado ascenso social. La esperanza de obtener de las certificaciones aquello que garantizaban en un estado anterior, ocasiona un desajuste de las estructuras subjetivas y objetivas, en razón de lo que Bourdieu (2010) denomina un *efecto de histéresis*.⁶

-Creo que hace mucho tiempo que la escuela secundaria no garantiza esa cosa: si salgo de la escuela consigo un trabajo, no necesitás ser ningún estudioso. Entonces la escuela también tiene que lidiar con eso ¿para qué voy a ir a la escuela? ¿A qué a la escuela? No podés decir: “porque es más fácil conseguir un trabajo” [...]. Pero aún vale la pena la escuela igual. Algunos conocimientos te los da la escuela y no te los da otro lugar (Ana, maestra de la Escuela de Adultos).

La agudización y el deterioro de las relaciones laborales convergen con la expansión de la matrícula escolar del nivel medio y el ingreso de jóvenes de sectores sociales antes relegados; siendo en el caso analizado, la primera generación que accede a los estudios secundarios. No obstante, las nuevas generaciones cuentan con más años de educación formal que no logran traducirse en mejores posiciones en el mundo laboral. La ruptura de las relaciones directas entre nivel educativo e inserción ocupacional, manifiesta que se está lejos de modelos lineales de paso de la escuela al trabajo. Sin embargo, en los jóvenes perdura un imaginario acerca de la conclusión de los estudios escolares como una herramienta que dota de mayores oportunidades y posibilita “*ser alguien*”, frase enunciada de manera reiterada.⁷

⁶Siguiendo a Bourdieu (2010), el ajuste inmediato de las estructuras subjetivas y objetivas sólo se realiza en la medida en que las condiciones en las que funciona el habitus, hayan permanecido idénticas u homólogas a las circunstancias en las que se ha constituido. Esta situación se puede apreciar, paradójicamente, cuando se produce un *efecto de histéresis*: las disposiciones funcionan a destiempo y las prácticas se ajustan objetivamente a condiciones caducas o abolidas. En el caso analizado, los jóvenes generaciones viven un desajuste entre expectativas y estructura, cuya bisagra es la crisis de la escuela y el trabajo como mecanismos tradicionales de integración socio-laboral. Las expectativas depositadas en la escuela resultan inciertas, inalcanzables y, con frecuencia, desmentidas por una estructura que no permite materializarlas (Saraví, 2009).

⁷Sobre este punto, varias investigaciones plantean que en el discurso de los jóvenes se reproduce un imaginario social que sobrevalora al estudio como medio de movilidad socio-ocupacional (Cogliati y otros, 2000; Otero, 2009). Ya hace tiempo, Bourdieu y Passeron (2003) pusieron en el centro de la discusión las paradojas del sistema educativo, donde la carga simbólica que fue adquiriendo esta institución terminó trasladando al campo escolar la distribución de los signos de distinción y jerarquización social. En este sentido, Dávila León y otros (2008) afirman, más contemporáneamente, la existencia de un consenso general que valida a la educación como mecanismo legítimo de posicionamiento social; “ya es de sentido común que ‘para ser alguien en la vida’ hay que estudiar y que la posesión de un título es la mayor garantía de un futuro más seguro” (2008: 23).

-De la escuela, ¿qué opinión tenés?

*-La escuela, mi opinión, es que es algo muy necesario, ahora más que nada. El estudio, te lleva a crecer más como persona, en el aspecto de que si no estudias no se te pueden abrir muchas puertas. El estudio es todo... o sea, para mí, que yo no pude estudiar, es todo. En este momento pienso que **con una capacidad de estudio mayor, que la que yo tengo, podría estar en otro lado trabajando** (Marcos, 23 años).*

Si bien todos los entrevistados tienen en su horizonte los estudios secundarios, esta meta difícilmente se alcanza. La escuela aparece bajo la forma de un “deber ser”, que no logra resolver la tensión entre *urgencia* y *proyecto* que despliegan los jóvenes en esa etapa de sus vidas; cristalizada en una lógica contradictoria entre la estrategia de reproducción a corto plazo y la estrategia de formación a largo plazo. Así, las nuevas generaciones establecen idas y vueltas con el colegio: entre el imaginario y lo posible, van trazando una trayectoria educativa errática.

Ahora bien, los jóvenes desertan del sistema educativo en razón de que la escasez de ingresos de sus hogares los obliga a adelantar su entrada al mercado de trabajo, aún antes de completar su formación. Sin embargo, el abandono prematuro de la escuela no debe atribuirse exclusivamente al origen socioeconómico. Es necesario considerar también la capacidad de interpelación que tiene la institución escolar -y con ella la diversidad de expectativas, percepciones y sentidos atribuidos a otras esferas de la vida- en la conformación de un proyecto vital y laboral.

Precisamente, las connotaciones simbólicas que asume la escuela la ubican en un lugar relegado frente a otras esferas alternativas, que presentan una mayor incidencia en los procesos de subjetivación. Estos procesos se desarrollan en el marco de lo que Kessler (2010) denomina “una escolaridad de baja intensidad”: “*al estudio no le daba bolilla*” (Alejo, 29 años); “*me empecé a portar mal, y bueno, después faltaba, no entraba a la escuela*” (Gastón, 18 años); “*de vagancia estaba, no me gustaba*” (Jeremías, 20 años). Estas inconsistencias y debilidades dan lugar a una institución escolar que se encuentra imposibilitada para responder a aquellos significados tradicionales que la convirtieron en un lugar privilegiado de producción de las juventudes.

Se constituye así en una escuela acotada, que luego de los años iniciales comienza a perder su capacidad de interpelación, quedándose paulatinamente vacía de sentido. El “desastre” y el “aburrimiento” emergen como los sentimientos que permean la experiencia escolar y que denotan la incapacidad de la escuela para marcar a los sujetos (Saraví, 2009: 306).

Frente a la pérdida de centralidad de la escuela se presentan ámbitos alternativos de identificación y subjetivación juvenil. De esta perspectiva, en la biografía de los jóvenes la

constitución temprana de la familia propia aparece como un punto de inflexión que propicia de manera indirecta el retiro de la escuela y la búsqueda de una ocupación: “yo dejé la escuela cuando me junté, a los 19 años dejé la escuela, para empezar a laburar de vuelta” (Mauricio, 24 años). Otro argumento al que acuden algunos de los entrevistados para abandonar el colegio se vincula a las formas de sociabilidad que desarrollan con los grupos de pares, donde “lavagancia”, “la calle”, “la droga”, adquieren preponderancia ante una institución escolar que no logra representarse como un espacio de socialización e integración juvenil.

-¿Por qué habías dejado el colegio?

-*Por la vagancia en el barrio, por joda, por estar con los pibes. No me quería levantar a la mañana para ir al colegio* (Jeremías, 20 años).

Más allá de la importancia que adquiere el espacio público como instancia de socialización predilecta para algunos de los entrevistados, en ninguno de los relatos se presenta una valoración de la experiencia escolar como ámbito de sociabilidad, tampoco como un período de moratoria social, ya que los mismos ingresan tempranamente al mundo del trabajo y suelen contraer a menor edad obligaciones familiares (Margulis, 2008).

-*No era nuestra edad para buscar trabajo. Porque los chicos a esa edad no están trabajando, le están manteniendo los padres los estudios. Nosotros no tuvimos esa oportunidad de estudio, de formarnos como personas [...]. Yo lo hubiera hecho si hubiera tenido la oportunidad... ahora ya estoy grande, si no pienso en el trabajo... no tengo otra posibilidad* (Marcos, 23 años).

Este último relato trasluce la dificultad de compatibilizar el trayecto escolar con un ingreso prematuro al mundo laboral; resultando frecuente la reanudación o abandono de la formación. En consecuencia, el concepto de *transición* utilizado desde los años '70 para investigar el paso de la escuela al trabajo (Vincens, 1999), comienza a perder sentido en un contexto en el que es difícil delimitar de manera precisa el pasaje de un ámbito a otro. Las pautas de vida de estos jóvenes contradicen aún más estos supuestos lineales y categóricos, en la medida en que la desestandarización y mayor complejidad de los rumbos educativo-laborales se conforman en articulación con acontecimientos y decisiones que involucran a otras esferas vitales.

De esta manera, los caminos que los jóvenes toman entre la escuela y el trabajo rompen con la idea de transiciones pautadas, sincronizadas y predecibles. No sólo los entrevistados suelen conjugar y

alternar períodos de ocupación y de formación, sino que también reingresan a la enseñanza media luego de un largo período de inserción en el mercado de trabajo, donde no han podido alcanzar una integración laboral plena. Ahora bien, los sucesivos fracasos en el proceso de escolarización tradicional llevan a los jóvenes a optar por vías alternativas de terminalidad educativa que, en el caso bajo estudio, forman parte de la oferta de servicios para jóvenes y adultos, tal como son los Centros Educativos de Nivel Primario y el Plan FinEs.⁸ No obstante, las dinámicas del sistema educativo excluyente permanecen, generando nuevas propuestas (inclusive nuevas institucionalidades) sin alterar las prácticas más generalizadas del formato escolar moderno.

El cambio en el formato escolar impulsado desde las políticas educativas recientes se localiza básicamente en las escuelas que reciben a los jóvenes expulsados por las otras instituciones [...]. Son los estudiantes que acumulan sucesivos fracasos los que develan el contraste entre las dinámicas institucionales de las escuelas en donde los propios alumnos son los responsables de auto-gestionar con sus recursos su tránsito por la escolaridad, y aquellas en donde se produce un acompañamiento que favorece la inclusión (Ziegler, 2011: 74-75).

Frente a trayectorias erráticas y signadas por una escolaridad fallida de estos sectores que llegan por primera vez al nivel medio, la institución educativa tradicional permanece indiferente, aún en las condiciones estructurales más adversas: *“me echaron de la escuela... ya no permitían más, había repetido un montón de veces, aparte ya era grande”* (Juan, 19 años). Ante la imposibilidad de continuar en el formato tradicional de enseñanza, estos dispositivos pedagógicos promueven la terminalidad de aquellos jóvenes que no han resuelto su escolarización en los tiempos institucionales previstos por el sistema educativo.

-¿Por qué los jóvenes van a una Escuela de Adultos?

-Porque se modificó la estructura de 7mo, 8vo y 9no, los alumnos entraban a repetir y no iban más a la escuela, quedaban al margen. En el tercer ciclo, directamente eran expulsados por mala conducta, porque faltaban. Quizás también se los pasaba, y en 7mo, 8vo y 9no con profesores, la dinámica era diferente, empezaban a repetir: “por qué no te pasás a la Escuela de Adulto, querido” (Ana, maestra de la Escuela de Adultos).

-¿Por qué deciden retomar en el FinES? ¿Cuál es la problemática de la escuela tradicional?

⁸ En la Argentina, con la Ley de Educación Nacional N° 26.206/06 se contempló a la Educación para Jóvenes y Adultos (EDJA) como una de las ocho modalidades del sistema educativo. Específicamente, el Plan Nacional de Finalización de Estudios Primarios y Secundarios (FinEs) se enmarca en el campo de las políticas educativas para la escolarización de jóvenes y adultos que surgen en los años 2000, con el propósito de revertir la desigualdad social y educativa. A través de este programa se efectuó una revitalización de la EDJA, que ha alcanzado a los 1.700.000 inscriptos durante el período 2008-2014 en todo el país (Jacinto, 2014).

-Es expulsiva [...]. Porque fue una escuela y lo expulsaron, y no le hicieron fomentar su autoestima de que todos valemos; o sino porque fuiste pobre tuviste alguna carencia y desaprobaste, consecuencia te expulsaron. Y hoy el FinES está para llenar como cáscara todo eso: que el papelito del título sirva como autoestima (Omar, referente institucional del FinEs).

Como acuerdan los docentes a cargo de estos espacios alternativos de escolarización, el trabajo educativo que se realiza aborda las áreas curriculares pero intenta hacerlo en conjunto con los aspectos emocionales y la formación de autoestima. En este sentido, las intervenciones pedagógicas no dejan de lado la situación de adversidad de los jóvenes, sino que se tiene en cuenta sus necesidades, vivencias y aprendizajes previos. Esta condición permite desarrollar un marco de mayor contención, al entablarse un *vínculo cara a cara* como vía que efectiviza la escolarización.

-No es esa cosa tan distante entre docente y alumno, se produce otro tipo de encuentro [...]. Eso no sucede en las escuelas, las maestras del barrio hacen lo que pueden con 30 chicos, hay cosas que le exceden a la escuela. En un espacio donde hay tanta formalidad. Yo el registro lo llevo, al final pongo los presentes, pero eso no es lo importante. Esto del afecto, que se puedan expresar; quizás el día anterior se cagó de hambre o frío. O si salieron con amigos para ver si podían robar algo, o si aspiré... Esto no se habla en las escuelas, creo que esa es la diferencia fundamental (Ana, maestra de la Escuela de Adultos).

Por consiguiente, la implementación de formatos educativos alternativos a la experiencia escolar tradicional permite generar espacios de aprendizaje que atienden y se adaptan a las situaciones que presentan los jóvenes. Asimismo, la organización curricular favorece el egreso de quienes tienen pendiente culminar su formación: la baja carga horaria y la flexibilidad en el cursado de las actividades escolares, posibilita a los entrevistados compatibilizar la escuela con las oportunidades laborales esporádicas que van surgiendo. Sin embargo, no todos consiguen alcanzar esta meta. En efecto, más allá del acompañamiento en el tránsito por la escolaridad que propician estas nuevas institucionalidades, es fundamental acudir a soportes externos a la propia escuela para garantizar la permanencia de los jóvenes.

Tercer momento. Entre generaciones: una aproximación a la dimensión familiar

En la sociedad contemporánea, el proceso de transición a la edad adulta no abarca una misma secuencia y temporalidad de los eventos biográficos. En el diálogo con esta perspectiva, en apartados anteriores, hemos analizado las transformaciones que se producen en las transiciones educativo-laborales de los jóvenes entrevistados. Si bien las investigaciones sobre juventudes en nuestro país han

prestado atención al análisis de las trayectorias que las nuevas generaciones configuran entre la escuela y el trabajo, constituye un aspecto poco explorado el modo en que conforman su propia familia e independencia residencial. Por esta razón, a continuación, atendemos los cambios que se han suscitado en la estructura familiar tradicional y en sus patrones de conformación, observando las nuevas formas de transición que delinear los jóvenes en el ámbito familiar.

Como apuntamos previamente, el trabajo y la escuela aparecen asociados con un imaginario de movilidad socio-ocupacional, que difícilmente está al alcance de los jóvenes. En su lugar, la conformación de una familia propia y la consumación de una independencia residencial se presentan como alternativas dentro de sus horizontes de oportunidad. En esta dirección, la transición temprana hacia la autonomía familiar se percibe para los jóvenes como una opción posible frente a otras esferas de integración, al formar parte de una experiencia cotidiana y socialmente aceptada dentro de su contexto socio-cultural. Es en torno a estos proyectos realizables que algunos entrevistados conforman su subjetividad, si bien la casa de material es un sueño compartido. Como expresa Luciano:

*-[Busco otro trabajo] para cobrar más que estoy comprando un terrenito, porque no quiero vivir toda la vida ahí, en lo de mi suegra. **Quiero tener lo mío, quiero hacerme una casa de material. Con esta plata no me alcanza, ni para una pared** (Luciano, 20 años).*

Ahora bien, la perspectiva de la transición a la vida adulta define este pasaje como una secuencia “normativa” integrada por una sucesión de etapas: primero la formación educativa, luego el empleo y, finalmente, la unión conyugal junto a la conformación del núcleo familiar. Sin embargo, las trayectorias de los jóvenes entrevistados no reflejan una linealidad en sus itinerarios hacia la adultez, más aún, sus rumbos aportan nuevos sentidos que contradicen la separación entre ciclos vitales estancos. Durante el proceso de emancipación estas condiciones ya no prevalecen en su forma “clásica”, al mismo tiempo que adquieren significados inéditos.

Por un lado, los cambios en el grupo conviviente, la inestabilidad del hogar y las uniones tempranas tienden a desplazar y poner en cuestión el alcance de la familia tradicional. Precisamente, las normas y expectativas sociales en relación con las etapas del curso de vida familiar -que instituyeron a la unidad doméstica nuclear como modelo de la modernidad-, no se presenta en la realidad social de los jóvenes del barrio, quienes adoptan una diversidad de formas de familia y de



convivencia.⁹ Las profundas transformaciones en la estructura familiar nuclear se observan en el predominio de familias monoparentales o ensambladas, donde éstas últimas acarrean hijos de distintas uniones que conviven bajo el mismo techo, padres a tiempos parciales, más de una vivienda, como alguna de las variantes posibles (Urresti, 2012).

Por otro lado, la consumación de una autonomía domiciliar se desdibuja en sus términos tradicionales, asumiendo un carácter progresivo que dificulta delimitar cuándo comienza y termina este pasaje: un cuarto propio, la casilla en el fondo de la casa familiar, el terreno y, más adelante, la casa de material. En este marco, la familia de origen “forma parte de la estructura de oportunidades en que se mueven los jóvenes, y su papel es determinante en el proceso de transición residencial” (Saraví, 2009: 127-128). De acuerdo con este autor, no sólo se pone en evidencia que el inicio del proceso de independencia residencial comienza al interior del hogar de origen, donde los jóvenes empiezan a construir un espacio propio; sino que además, en un contexto estructural adverso, la familia extensa constituye una estrategia de sobrevivencia que permite resolver el problema crítico de la vivienda, siendo habitual que las nuevas generaciones permanezcan habitando con sus padres o suegros luego de una temprana unión conyugal.¹⁰

Estos acontecimientos se reflejan en el caso de Lautaro, cuya biografía permite echar luz sobre el proceso de transición familiar y residencial. Luego de la separación de sus padres, conformó su propia familia a los 18 años de edad. Este joven se encuentra por asumir su paternidad junto a una muchacha del barrio, con quien está en pareja desde hace dos años y medio, aunque con algunas separaciones: “*nos arreglamos de vuelta. Y sí, porque se viene el bebé todo...*”. Desde que se conocieron en la escuela, conviven deambulando “*un poquito en cada lado*” por las casas de su padre, madre, abuela y suegra. Indudablemente estas idas y vueltas en el hogar de convivencia, manifiesta que estas transiciones no parecen estar exentas de conflictos. Finalmente, la semana siguiente se mudarían juntos, como cuenta el entrevistado:

⁹ El tipo de organización familiar hegemónico en el período de posguerra fue denominado *familia nuclear* y se caracterizó por dos rasgos centrales: por un lado, la figura del varón-adulto proveedor de los recursos y, por otro, la mujer responsable de la organización del ámbito doméstico, las tareas de reproducción y la socialización de los niños (Jelin, 1998). Sin embargo, durante el siglo XX se originan una serie de modificaciones en la naturaleza de la familia asociadas con: el papel de la mujer, los patrones de sexualidad, los indicadores sociodemográficos, la extensión de familias ensambladas o monoparentales, entre otros.

¹⁰ La familia ha sido tradicionalmente el ámbito de socialización de los jóvenes. Sin embargo, actualmente varios autores señalan una mutación de la organización familiar que se produce en el marco de crisis de las instituciones modernas: la familia pasa de ser considerada un espacio de socialización a ser una *estructura de soporte* y un *espacio de contención* ante las mayores dificultades para integrarse social y laboralmente que experimentan los jóvenes (García Canclini y otros, 2005; Guerra Ramírez, 2008; Pérez Islas, 2008; Otero, 2009).

-Mi abuelo me dejó un terreno a mí, de 10x30. Grande, ¿viste? Y yo tenía una moto, se la cambié a mi viejo por un auto, y el auto lo cambié por una casa. O sea, por una casilla nueva[...]. Ahora agarramos la casilla, pero yo le comenté que adelante voy a hacer las bases para hacerla de material de a poco(Lautaro, 18 años).

Las características que asumen las transiciones familiares y residenciales -y por lo tanto el modo en que las nuevas generaciones resuelven la entrada a la adultez -, evidencian un estallido del modelo normativo tradicional. En estas condiciones, los entrevistados desarrollan una pluralidad de transiciones centradas en el mundo familiar que no siempre siguen una pauta temporal regular. Mientras algunos jóvenes emprenden ese camino de manera prematura sin haber conformado aún su propia familia, otros habiendo transitado hacia su familia de procreación continúan residiendo al interior del hogar de origen e incluso regresan al mismo luego de haberse independizado.

En las Ciencias Sociales, un conjunto de autores señalan desde los años '80 la dificultad de determinar el momento preciso en que se configura la transición a la adultez, advirtiendo en su lugar un *desdibujamiento de los ciclos vitales*(Feixa, 2003; Gil Calvo, 2009). La frontera que antes separaba la juventud de la madurez adulta se torna cada vez más borrosa. En consecuencia, se cuestiona la nitidez de los umbrales de edad cronológicos, que proporcionaron a cada etapa de la vida una secuencia de roles y estatus bien delimitados.

De esta manera, los des-tiempos e imbricaciones de las trayectorias laborales con las formativas y reproductivas, tornan aún más complejos y diversificados los itinerarios biográficos. La desregularización de los calendarios de vida constituye en los jóvenes una identificación ambigua, que se expresa a partir de sus autorepresentaciones: “*soy un joven adulto*”, donde la responsabilidad, la paternidad y el trabajo se vinculan a la adultez; mientras que las amistades, el espacio público de “*la calle*” y “*la joda*” aparecen asociadas a la condición juvenil.

-¿Hoy en día, en qué etapa creés que estás?

*-Pienso que estoy en una etapa de adulto y no adulto [...]. Todas las cosas que pasé en mi vida me llevaron a crecer de golpe. No pude tener la diversión que tiene un adolescente, cuando se va a bailar... o sea, mi tiempo, más que nada, lo ocupé en trabajo y tratar de dar lo mejor en torno a mi familia [...]. **Crecer así tan de golpe, me llevó a no tener adolescencia, a no tener infancia. Y pienso que soy adulto y no soy; tengo mi nene encerrado adentro mío***

-¿Qué te quedó de ese nene?

-De ese nene me quedó la calle. Me crié en la calle y la calle es todo para mí (Marcos, 23 años).

En este punto, buscamos aprehender aquellos procesos y acontecimientos vitales que los jóvenes identifican como elementos significativos del pasaje hacia la independencia residencial y/o la conformación de una familia propia. Es interesante advertir que la reconstrucción de sentidos en los entrevistados varía de acuerdo a si han emprendido o no dicha transición. En aquellos jóvenes que continúan viviendo en la casa paterna y no consumaron su familia de procreación, se observa un imaginario acerca del modo en que se produciría la autonomía que concuerda con la concepción clásica y lineal de entrada a la vida adulta. Estos modos de regulación social que interpelan los imaginarios juveniles, nos advierten acerca de un tiempo social que continúa vigente, pero que no logra realizarse en el tiempo biográfico.

-¿Cuándo planeás irte de tu casa?

-*Y cuando tenga un trabajo fijo, que tenga un buen sueldo, que me pueda hacer mi casa, después cuando tenga en mi casa todas las cosas, que ya tenga todo, ahí juntarme y tener mi familia* (Marcelo, 17 años).

Este relato evidenciaría la persistencia de referentes simbólicos tradicionales en el imaginario social de los jóvenes sobre el modo en que conciben el pasaje a la adultez. Sin embargo, las transformaciones que experimentan las nuevas generaciones en ámbitos como la familia, la escuela y el trabajo, obligan a los jóvenes a realizar ajustes en sus percepciones y prácticas. En este marco, utilizan referencias distintas a las tradicionales y buscan agenciarse caminos y estrategias diversificadas en un mundo con escenarios cada vez más inciertos. Así, en los jóvenes que conformaron su propia familia observamos que la realidad asume nuevos sentidos, al constituirse estados transitorios e inestables en el ámbito educativo-laboral que son acompañados por una asunción precoz de roles paternos, sin todavía haberse alcanzado una autonomía domiciliar plena.

II. Marcas territoriales: el espacio barrial como dimensión constitutiva de las trayectorias juveniles

El presente apartado aborda las complejas relaciones que los jóvenes de El Aluvión establecen con el espacio barrial. La dimensión espacial cobra una relevancia particular en la construcción de las biografías juveniles contemporáneas, al presentarse como un ámbito fundamental en la vida de estos jóvenes, donde se condensan una multiplicidad de sentidos que iluminan las transformaciones en las institucionalidades tradicionales. Desde este lugar, se busca aprehender el modo en que el espacio urbano local es vivido y representado por las nuevas generaciones; sin olvidar las propias interacciones que establecen los jóvenes entre sí, donde los usos, apropiaciones y percepciones del



espacio barrial adquieren un valor especial en los procesos de configuración de prácticas identitarias y de sociabilidades juveniles.

Los jóvenes desarrollan un fuerte sentido de pertenencia hacia el ámbito barrial: “la ciudad es vivida desde el barrio. El territorio funciona como anclaje identitario desde el cual en parte se mira e interpreta el mundo” (Chaves, 2011: 5). Esta identificación en torno al espacio barrial presenta una enorme incidencia sobre las prácticas cotidianas de los entrevistados, en especial, en lo que respecta a los circuitos urbanos que despliegan. En ese ámbito trascurren gran parte de su tiempo, al realizar sus actividades recreativas y formativas: concurren a la escuela, forman sus amistades e, incluso en varias oportunidades, el entorno barrial se convierte en el lugar predilecto para el desarrollo de su trayectoria laboral.

Como espacio cercano e inmediato, el barrio constituye una escena predilecta: representa el lugar donde se producen los encuentros y las interacciones locales; asimismo, adquiere una relevancia particular en las experiencias y condiciones de vida para quienes asume la característica de lugar de trabajo. Si usualmente se representa al barrio desde su función residencial, esta afirmación no debe ocultar el hecho de que para muchos de sus habitantes cumple también un papel productivo. En este sentido, ya advertimos que el ingreso al mundo laboral de las nuevas generaciones se configura a partir de un conjunto de prácticas no formalizadas que se desarrollan por medio de las redes familiares y comunitarias, a través de las cuales los jóvenes entran por primera vez en contacto y se socializan en el trabajo.

La ausencia de otras vías de acceso al mercado laboral pone de manifiesto la relevancia de un círculo íntimo y cercano espacialmente. En el contexto de segregación espacial, las prácticas laborales se encuentran así -cada vez más- localizadas territorialmente. Como nos cuentan Gastón y Darío respecto a su ocupación actual: “yo acá en mi barrio, atiendo el negocio, estoy en mi casa” (Gastón, 18 años); “siempre agarro algún laburito por acá, por el barrio” (Darío, 23 años). A través de la reconstrucción de las trayectorias laborales, se vislumbra que el espacio barrial configura el escenario sobre el cual se despliegan las múltiples estrategias y actividades ocupacionales de los jóvenes y sus familias, confluyendo el lugar de residencia con la zona de trabajo.

De allí que, no se produzca una clara separación entre la zona residencial, el ámbito laboral y los tiempos de esparcimiento: los jóvenes viven, trabajan y se divierten dentro del espacio local. De este modo, los efectos del proceso de segregación espacial se manifiestan en la imposibilidad de traspasar los límites del barrio, situación que circunscribe las búsquedas laborales al entorno local: “nosotros no salimos mucho a otros barrios” (Fermín, 19 años). En el marco de un mercado de

trabajo donde se debilitan los vínculos laborales estables, el aislamiento y la estigmatización de los espacios urbanos pobres conforman así un escenario de renovada fragmentación y desigualdad.

-No me puedo mover, no salgo de acá dentro, como dice mi hermana, del barrio no salgo. Lo único que conozco es el barrio [...]. Me dice mi viejo, “nunca saliste del barrio, siempre estuviste acá, en la esquina y con tus amigos”. Lo único que hago, nunca salgo del barrio (Jeremías, 20 años).

La adscripción identitaria que despliegan los entrevistados en torno al ámbito barrial se reflejan en las reiteradas frases “soy de acá”, “es mi casa”, donde el barrio aparece como un espacio de identificación e inscripción territorial: “desde que nací soy de acá, me crié en el barrio, ya como que vivo acá... bah, vivo acá pero ya como soy del barrio” (Germán, 18 años). Para la mayoría de estos jóvenes su historia residencial y la de sus padres comienza en El Aluvión, vislumbrando su futuro y el de sus hijos allí: “yo no me quiero ir del barrio, ya es parte de mí” (Marcos, 23 años).

-Me quedaría acá yo, por siempre

-¿Por qué “por siempre”?

-Y porque está re piola el barrio este...tenés los amigos, ya conocés a todos, viste... ya te acostumbrás, además yo viví, de chiquito viví acá

-¿Cuál es la particularidad del barrio, que lo diferencia de otros barrios?

-Te respetan acá, no te roban, nada. Si van a robar, van a robar a otro lado (Marcelo, 17 años).

Un acercamiento a los relatos da cuenta de la preponderancia que adquieren las relaciones “cara a cara” en el espacio barrial. Los jóvenes señalan los lazos de solidaridad que se desarrollan entre los vecinos y la importancia del barrio como ámbito de sociabilidad; lugar de creación de amistades -“acá tengo una banda de amigos” (Paco, 19 años)-, donde se tejen redes de carácter íntimo y familiar -“nos conocemos todos acá” (Fermín, 19 años). Estos relatos manifiestan fuertes lazos barriales en torno a los cuales los jóvenes construyen su subjetividad, buscando otras vías de integración alternativas a las tradicionales. En efecto, el barrio y el grupo de pares permiten a los entrevistados hacer frente a la inseguridad e incertidumbre que provoca su complicado tránsito hacia la vida adulta, en un marco de creciente desinstitucionalización. Como explica Reguillo:

En un contexto con fuertes tendencias homogeneizadoras y en una sociedad que ha ido suprimiendo los ritos de pasaje y de iniciación, pero que exagera la diferenciación y segmentación entre los grupos de edad, a través del sistema productivo y de las fuerzas del mercado, y de manera particular, a partir de una crisis en las “instituciones

intermedias”, incapaces por distintos motivos de ofrecer certidumbres a los actores sociales, las culturas juveniles han encontrado en sus colectivos elementos que les permiten compensar este déficit simbólico, generando diversas estrategias de reconocimiento y afirmación, entre las que se destaca el uso de objetos, marcas y lenguajes particulares (2000: 99-100).

Precisamente, el sentido de pertenencia que desarrollan los jóvenes hacia el espacio barrial presenta una enorme incidencia en sus biografías. En este contexto, las trayectorias laborales de los varones se desarrollan primordialmente en el espacio público, el cual aparece como un ámbito íntegramente masculino también en los tiempos de ocio: “*la calle me encanta, no me preguntes por qué porque no sé, no puedo estar encerrado [...]. Me gusta la calle, me gusta salir*” (Marcelo, 17 años). Allí -en “*la calle*”- despliegan sus formas de sociabilidad entre pares, donde la música, la vestimenta y los lugares frecuentados aparecen como signos de una identidad compartida. Sin embargo, esa “forma lúdica de asociación” (Simmel, 1949) que despliegan los jóvenes durante los tiempos de ocio resulta inadmisibile para una razón utilitaria, al implicar muchas veces la no realización de alguna actividad en especial; lo fundamental es ese “*estar ahí*” juntos, (sin)razón de qué se hace. Es interesante observar la forma de presentación de Herlo, un joven de 16 años, al comenzar la entrevista:

-¿Qué me contarías tuyo... para definirte? ¿Qué te gusta hacer, que edad tenés...?

-Bueno, me llamo Herlo, tengo 16 años. Me gusta vaguear [risas], qué sé yo

-¿Qué es vaguear?

-Estar todo el día en la calle

-¿Y qué hacés en la calle?

-Nada... jodo con amigos, tomo coca... estar al pedo (Herlo, 16 años).

-¿Qué haces en tu tiempo libre?

-Me quedo en la esquina. Me tomo una coca, me quedo fumando un cigarro, una marihuana. Me gusta divertirme, quedarme con los pibes, ahí tranquilo [...]. Todos los días lo mismo, es como que algo me tiene atado. Estoy en la esquina, y me quiero quedar ahí con mis compañeros, fumándome un porro, tomando una gaseosa y estar ahí (Jeremías, 20 años).

“*Laesquina*” se presenta como el escenario de construcción de sociabilidades, lugar destinado para el encuentro con pares. Con el anochecer el espacio público se carga densamente de sentidos, funcionando como anclaje identitario de un conjunto de grupos juveniles que adoptan las esquinas como lugares de reunión, consumo y amistad: “*son como treinta grupos acá en el barrio. Son una*

banda de pibes, pero cada uno tiene su grupito” (Jeremías, 20 años). Así, en el espacio barrial se desarrollan diversas estrategias de diferenciación entre grupos juveniles, que encuentran en los clivajes espaciales una forma de materialización. La importancia que tiene el espacio urbano para los jóvenes se revela en las formas de percepción y apropiación del barrio, escenario donde emergen ámbitos de socialización y de generación de subjetividades desde los propios jóvenes.

-Nos juntamos siempre en... nosotros le decimos “el paredón”, allá en 163

-¿Qué hay ahí? ¿Una pared grande?

-Sí, hay una pared grande, porque hay un predio ahí, de fútbol. Y paramos ahí... **ya es lugar de nosotros porque ya le pusimos un banco, tiene las paredes dibujadas**[...]

-¿Hay otros lugares así? ¿Otros grupos?

-Sí, pero nosotros nos juntamos entre nosotros. No nos juntamos con los otros, con otros pibes. Nos hablamos con todos los del barrio, todo, pero **la junta es esa, nadie más** (Herlo, 16 años).

A lo largo de este apartado hicimos referencia a los múltiples sentidos que adquiere el ámbito de residencia para los jóvenes entrevistados. Precisamente, estudiar los procesos de configuración de la nueva condición juvenil requiere de un análisis de las percepciones de las nuevas generaciones respecto del espacio. Como apuntan García Canclini y otros (2005), es importante aprehender “aquellos ‘lugares’ que densamente cargados de significación, operan como plataformas y referentes juveniles en la percepción y construcción de representaciones orientadoras para actuar en el mundo” (2005: 16). En efecto, el relato biográfico se inscribe al mismo tiempo en la estructura etaria y en la estructura urbana. La trayectoria se va enlazando no sólo con hitos temporales (etapas de la vida, fechas importantes, calendarios) e institucionales (trabajo, educación, familia), sino también con marcas territoriales (Chaves, 2011): “*nunca salgo del barrio*”.

Reflexiones finales

Durante las últimas décadas, se han producido transformaciones globales que, sin duda, han repercutido en las jóvenes generaciones. Las sociedades actuales experimentan la crisis de las instituciones modernas que garantizaban la incorporación de los sectores juveniles, instituyendo un estadio propio para este grupo etario. En un contexto de fragmentación de los mecanismos tradicionales de socialización e integración social, surge el interés en el presente estudio por analizar la configuración de una *nueva condición juvenil*.



En el marco de las grandes transformaciones del siglo pasado en el sistema educativo, la familia y el mundo productivo, se quiebra el modelo de integración social de las generaciones jóvenes, a través de una secuencia de pasos institucionalizados. La escuela deja de representar el ámbito de socialización por excelencia y la garantía de una mejor posición socio-ocupacional. Paralelamente, surgen modalidades de convivencia inéditas que manifiestan los cambios en los esquemas de formación y organización de la familia nuclear. A su vez, la transición al mundo productivo deja de ser un “momento” en la biografía de los jóvenes para convertirse en un “proceso” cada vez más complejo, que no culmina necesariamente con la estabilidad laboral.

Los rumbos contemporáneos presentan así rasgos muy distintos de aquellos que caracterizaron a épocas precedentes, donde las trayectorias se articulaban en el cuadro de un ciclo vital estandarizado. Por el contrario, asistimos a un *desdibujamiento de las etapas de la vida*. La nueva condición juvenil ya no encuentra límites precisos en las sociedades contemporáneas, debido a la pluralidad de roles y pasajes no lineales entre diversas esferas de la vida social que se solapan y articulan a lo largo de una misma biografía. Más allá de la vigencia de marcos normativos e interpretativos clásicos a nivel del *imaginario social*-que continúa atado a modelos caducos: la vigencia de la sociedad asalariada, el mérito educativo en pos de la movilidad social y los patrones tradiciones de conformación familiar-, los caminos que los jóvenes toman entre la escuela, la familia y el trabajo nos remiten a la idea de una *desinstitucionalización* de las trayectorias de entrada a la vida adulta.

Sin embargo, sostenemos el carácter *paradójico* de este proceso. Si bien, por un lado, se erosionan y transforman muchos de los mecanismos de socialización juvenil que involucraba a instituciones como la familia, la escuela, el empleo -aunque sus antiguas formas siguen persistiendo sin desaparecer completamente (Pérez Islas, 2008); por otro lado, los jóvenes entrevistados realizan ajustes en sus representaciones y prácticas alejándose de aquellas normas basadas en la institucionalización tradicional. En este contexto, surgen en la configuración de las trayectorias biográficas modos de gestión que apuntan hacia *institucionalizaciones emergentes*, tales como: nuevos formatos escolares; cambios en los patrones de residencia y composición familiar; formas alternativas en el ámbito laboral, impulsadas por políticas de empleo activas. E incluso, como abordamos en el último apartado, la búsqueda realizada desde los propios jóvenes para agenciarse caminos y estrategias con el fin de alcanzar la integración social.

En este marco, surgen soportes relacionales novedosos que expresan variaciones sustantivas a la forma tradicional. Más aún, pese a sus nuevos formatos, la escuela, el trabajo y la familia dejan de



constituir para algunos jóvenes las principales vías de articulación en la conformación de subjetividades. En estas circunstancias, el barrio comienza a cumplir funciones inéditas frente a otras modalidades clásicas de inscripción social, convirtiéndose en el soporte privilegiado de solidaridades primarias y locales que implican el desarrollo de patrones de interacción e identificación vinculados al territorio y a los grupos de pares.

Referencias bibliográficas

- Bauman, Z., 2002, *Modernidad Líquida*, Buenos Aires, FCE.
- Beck, U., 2006, *La sociedad del riesgo: hacia la nueva modernidad*, Barcelona, Paidós.
- Bendit, R. y otros, 2008, “Creciendo en un contexto de cambio y globalización”, en *Transiciones juveniles: procesos de inclusión social y patrones de vulnerabilidad en un mundo globalizado*. Buenos Aires, Prometeo, pp. 13-30.
- Bourdieu P. y J. C. Passeron, 2003, *Los herederos: los estudiantes y la cultura*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Bourdieu, P., 2010, *El sentido práctico*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Busso, M., 2013, “Precariedad laboral en Democracia (o sobre la persistencia de la estabilidad laboral como norma social, también entre los jóvenes)”, en *Cuestiones de Sociología*, N° 9. FaHCE-UNLP.
- Castel, R., 1995, *La metamorfosis de la cuestión social*, Buenos Aires, Paidós.
- Castel, R., 2010, *El ascenso de las incertidumbres: trabajo, protecciones, estatuto del individuo*, Buenos Aires, FCE.
- Castells, M., 1997, *La era de la información. Economía, Sociedad y Cultura. En La sociedad red*, Madrid, Alianza.
- Chaves, M., 2010, *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*, Buenos Aires, Espacio.
- Chaves, M., 2011, “Jóvenes entre el centro y la periferia de la ciudad, del Estado y de la academia”, en Carpio, J. (comp.) *Las políticas sociales urbanas y la construcción de ciudadanía*. Buenos Aires, Paidós.
- Dávila, O. y otros, 2008, *Los desheredados. Trayectorias de vida y nuevas condiciones juveniles*. Valparaíso, CIDPA.
- Deleo, C. y P. Pérez, 2013, “Estrategias de inserción laboral de jóvenes Argentinos: un análisis de las formas de búsqueda de empleo”, en *XXIX ALAS*, Chile.



- Elias, N., 1900, *La Sociedad de los individuos. Ensayos*. Barcelona, Edicions 62.
- Feixa, C., 2003, “Del reloj de arena al reloj digital. Sobre las temporalidades juveniles”. En: *JOVENes, Año, 7, N° 19*, México.
- Filmus D. y otros, 2001, *Cada vez más necesaria, cada vez más insuficiente: escuela media y mercado de trabajo en épocas de globalización*. Buenos Aires, Santillana.
- Fitoussi, J. y P. Rosanvallon, 1997, *La nueva era de las desigualdades*. Buenos Aires, Manantial.
- García Canclini, N. y otros, 2005, “Planteamiento conceptual de la Encuesta Nacional de la Juventud 2005. La condición juvenil. Formas de institucionalización, cambio y continuidad en el México contemporáneo”, en: *Jóvenes mexicanos. Encuesta Nacional de Juventud 2005*, IMJ, México.
- Gil Calvo, E., 2009, “La rueda de la fortuna: giro en la temporalidad juvenil”, en *Congreso de Lisboa: “Jóvenes y Rutas”*. Madrid.
- Guerra Ramírez, M., 2008, *Trayectorias escolares y laborales de jóvenes de sectores populares. Un abordaje biográfico*, Tesis de Doctorado, Cinvestav, México.
- Jacinto, C., 2006, *La escuela media. Reflexiones sobre la agenda de la inclusión con calidad*. Buenos Aires, Santillana.
- Jacinto, C., 2014, “Los programas de educación, formación y empleo de jóvenes en el marco de los nuevos paradigmas de protección social”, en *Congreso de Formación en y para el trabajo de grupos focalizados de población*, Cinvestav, México.
- Jelin, E., 1998, *Pan y afectos. La transformación de las familias*. Buenos Aires, FCE.
- Kessler, G., 2010, *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires, Paidós.
- Kohli, M., 2005, “Le cours de vie comme institutions sociale”, en *Enquête, Biographie et cycle de vie*.
- Krauskopf, D., 2004, “Perspectiva sobre la condición juvenil y su inclusión en las políticas públicas”, en Gerber E. y S. Balardini (comps.) *Políticas de juventud en Latinoamérica*. Buenos Aires, FLACSO.
- Margulis, M., 2008, *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*, Buenos Aires, Biblios.
- Miranda, A., 2006, *Desigualdad educativa e inserción laboral segmentada de los jóvenes en la Argentina contemporánea*. Tesis de Doctorado, FLACSO.
- Miranda, A., 2010, “La transición educación-empleo: estrategias metodológicas basadas en estudios longitudinales”, en *Estudios del Trabajo, N° 39/40*, pp. 37-58.
- Mora Salas, M. y O. de Oliveira, 2009, “Los jóvenes en el inicio de la vida adulta: trayectorias, transiciones y subjetividades”, en *Estudios Sociológicos XXVII*, 79. pp. 267-289.



- Oddone, J., 2006, “El trabajo, la descronologización del ciclo vital y la exclusión de los trabajadores de mayor edad. Empleo precario, vidas precarias”, en *Revista de la Facultad de Ciencias Sociales*. Buenos Aires.
- OIT, 2011, *Más y mejor trabajo para todos. Del Programa Jefes de Hogar al Programa Jóvenes. Políticas activas de empleo, Argentina 2003-2010*. Buenos Aires, CEA/OIT.
- Otero, A., 2009, *Procesos de transición a la vida adulta: un estudio cualitativo con jóvenes argentinos*. Tesis de Doctorado. FLACSO.
- Pais, J., 2007, *Chollos, chapuzas y changas. Jóvenes, trabajo precario y futuro*. Barcelona, Anthopos.
- Pérez Islas, J., 2008, “Entre la incertidumbre y el riesgo: ser y no ser, esa es la cuestión... juvenil”, en Bendit, R. y otros (comps.) *Transiciones juveniles: procesos de inclusión social y patrones de vulnerabilidad en un mundo globalizado*, Buenos Aires, Prometeo. pp. 175-192.
- Reguillo, R., 2000, “Pensar los jóvenes. Un debate necesario”, en *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*, Colombia, Norma. pp. 19-47.
- Saraví, G., 2006, “Biografías de exclusión: desventajas y juventud en Argentina”, en *Perfiles Latinoamericanos*, N° 28. México, FLACSO. pp. 83-116.
- Saraví, G., 2009, *Transiciones vulnerables: juventud, desigualdad y exclusión en México*. CIESAS, México.
- Simmel, G., 1949, “The Sociology of Sociability”, en *American Journal of Sociology*, 55, N° 3.
- Svampa, M., 2000, *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. Bs. As., Biblos.
- TentiFanfani, E., 2009, “La enseñanza media hoy: masificación con exclusión social y cultural”, en Tiramonti, G y N. Montes (comps.) *La escuela media en debate*. Buenos Aires, Manantial. pp. 53- 69.
- Urresti, M., 2012, “Generaciones, experiencia y significación”, en MendesDiz, A. y P. Schwarz (coord.) *Jueventudes y género: sentidos y usos del cuerpo, tiempos y espacios en los jóvenes de hoy*. Buenos Aires, Lugar.
- Vincens, J., 1999, “La inserción profesional de los jóvenes. En la búsqueda de una definición por convención”, en: *Calificaciones & Empleo*, N° 23. Buenos Aires, Piette/Céreq.
- Ziegler, S., 2011, “Entre la desregulación y el tutelaje: ¿hacia dónde van los cambios en los formatos escolares?”, en Tiramonti, G. (dir.) *Variaciones sobre la forma escolar: límites y posibilidades de la escuela media*. Rosario, Homo Sapiens.